

**DOS SUEÑOS
DEL VBLE. J. BOSCO
SOBRE SU SISTEMA
EDUCATIVO**

EDICIÓN EXTRA COMERCIAL



BARCELONA
LIBRERIA SALESIANA
1924

**DOS SUEÑOS
DEL VBLE. J. BOSCO
SOBRE SU SISTEMA
EDUCATIVO**

EDICIÓN EXTRA COMERCIAL



BARCELONA
LIBRERIA SALESIANA
1924

DOS AÑOS
DEL VILE. J. BOSCO
SOBRE SU SISTEMA

EDITIVO : E S P R O P I E D A D

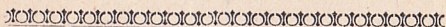
CON LAS DEBIDAS LICENCIAS.

EDICIÓN EXTRA COMERCIAL



BARCELONA
LIBRERIA SALESIANA

ESCUELA TIPOGRÁFICA SALESIANA - BARCELONA (SARRIÀ)



INTRODUCCION

El Venerable muestra la pena que
le causa estar alejado de sus hijos.

Roma, 10 de Mayo, 1884

Queridísimos hijos en Jesucristo:

Tanto si estoy lejos de vosotros como a vuestro lado, siempre pienso en vosotros, Un solo deseo tengo: el de veros felices en el tiempo y en la eternidad. Este pensamiento y este deseo me han inducido a escribiros esta carta. Siento, oh queridos míos, el peso de la ausencia; y el no poder veros ni oíros me causa una pena tal que no os la podéis imaginar. Por esto quería haberos escrito estas líneas hace una semana; sólo que mis ocupaciones me lo han impedido. Con todo, aunque faltan ya pocos días para mi regreso, quiero anticiparlo por carta, al menos, ya que no en persona. Son palabras de uno que os ama tiernamente en Jesucristo, y tiene el deber de hablaros con libertad como un padre. Vosotros me lo permitiréis ¿no es verdad?

Y me prestaréis atención, y pondréis en práctica lo que voy a deciros.

SUEÑO PRIMERO

Dos antiguos Alumnos se aparecen
en sueños al Venerable.

Os he asegurado que vosotros sois el único y continuo pensamiento de mi mente. Pues bien: una de las noches pasadas me había retirado a mi cuarto, y mientras me disponía a acostarme, había comenzado a rezar las oraciones que me enseñó mi santa madre; cuando de pronto, no sé si acometido del sueño o por efecto de una distracción, parecióme que se me presentaban delante dos jóvenes que habían sido alumnos del Oratorio. Uno de ellos se me acercó, y saludándome afectuosamente, me dijo:

—¿Me conoce Vd., D. Bosco?

—¡Vaya si te conozco!—le respondí.

—¿Y se acuerda de mí todavía?—añadió aquel joven.

—De ti y de todos los demás. Tú eres Valfré, y estuviste en el Oratorio antes del 1870.

—Diga Vd.—continuó Valfré.—¿le gustaría poder ver a todos los jóvenes que había en mis tiempos en el Oratorio?

—Sí—respondí yo;—que esto me dará gran contento.

Cómo eran los recreos en los primeros tiempos del Oratorio.

Valfré me mostró, entonces, todos los jóvenes con la misma presencia, estatura y edad que en aquel tiempo. Me parecía estar en el antiguo Oratorio a la hora de recreo. Era una escena toda vida, toda movimiento, toda alegría. Quién corría, quién saltaba, quién animaba el juego. Aquí se jugaba a la rana, más allá a presos o a la pelota. Por un lado se veía un grupo de jóvenes, pendientes de los labios de un sacerdote que contaba un ejemplito. Por otro, un clérigo jugaba con algunos niños a el burro vuela, o a los oficios. Cantos y risas de todas partes; por todas partes clérigos y sacerdotes rodeados de niños que alborotaban alegremente. Saltaba a la vista que entre niños y Superiores reinaba la más íntima cordialidad y confianza.

Efectos preciosos de tales recreos.

Yo estaba encantado a tal espectáculo, de pronto Valfré, me dijo:

—Mire: la familiaridad trae amor, y el amor confianza. Esto es lo que abre los corazones y hace que los niños descubran todo sin temor a los maestros, a los asistentes y a los Superiores. Así son

francos en la confesión y fuera de ella, y se prestan dócilmente a todo lo que les ordene quién ellos saben a ciencia cierta que les ama.

Recreos que no son salesianos.

En aquel momento se me acercó otro antiguo alumno mío que tenía completamente blanca la barba y me dijo:

—Don Bosco, ¿quiere Vd. ver ahora y conocer a los jóvenes que actualmente están en el Oratorio? (Este era José Buzzetti).

—Sí,—le respondí yo;—porque ya hace un mes que no los veo.

Entonces me los enseñó.

Vi el Oratorio y a todos vosotros que estabais en recreo. Pero ya no oía los gritos de alegría y los cantos, ya no veía aquel movimiento, aquella vida de la otra escena. En las acciones y en el rostro de muchos jóvenes se leía una expresión de fastidio, de cansancio, y una desconfianza y dejadez que causaban honda pena en mi corazón. Ví, es verdad, que muchos corrían, jugaban con bendita despreocupación, pero otros, y no pocos, vi que estaban solos, apoyados en las columnas rumiando pensamientos desalentadores; otros había en las escaleras y corredores y en los balcones de la parte del jardín para sustraerse al recreo común; otros paseaban en grupos

lentamente, hablando entre sí por lo bajo, dirigiendo alrededor miradas suspicaces y maliciosas; a veces sonreían, pero con una sonrisa acompañada de miradas tales que hacían no sólo sospechar, sino hasta creer que San Luis se hubiese ruborizado, de encontrarse en su compañía; también entre los que jugaban, los había tan desganaos que daban muy claro a entender no encontrar gusto en las diversiones.

Sus consecuencias.

—¿Has visto a tus niños?—me dijo aquel antiguo alumno.

—¡Que si los he visto!...—respondí suspirando.

—¡Qué diferencia de lo que éramos nosotros en aquel tiempo!—exclamó el viejo.

—¡Desgraciadamente! ¡cuánta desgana en este recreo!

—Y de aquí proviene la frialdad de tantos en acercarse a los Santos Sacramentos, el descuido de las prácticas de piedad en la iglesia y fuera de ella, el estar de mala gana en un sitio donde la Divina Providencia les colma de toda clase de bienes para el cuerpo, y para el alma y para el entendimiento. De aquí que muchos no correspondan a su vocación; de aquí las ingratitudes para con los superiores: de aquí tanta reserva

y tantas murmuraciones con todas sus lamentables consecuencias.

—Comprendo, comprendo—respondí.

Cómo volver a los primeros tiempos.

Pero ¿cómo se podría devolver el ánimo a estos queridos míos, para que vuelvan a tener la antigua vivacidad, alegría y expansión?

—¡Con el amor!

—¿Amor? Pero ¿acaso mis niños no son suficientemente amados? Tú lo sabes si yo los amo. Tú sabes cuánto he sufrido y tolerado por ellos en el transcurso de cuarenta años largos, y cuánto sufro y soporto aun ahora: cuántas fatigas, cuántas humillaciones, cuánta oposición y cuánta persecución para darles pan, casa, maestros, y, sobre todo, para procurar la salvación de sus almas. He hecho cuanto he podido y sabido por los que forman el amor de toda mi vida.

—No hablo de ti.

—¿De quién, pues? ¿De los que hacen mis veces? ¿De los Directores, Prefectos, maestros, asistentes? Pero ¿no ves cómo son mártires del estudio y del trabajo?... ¿No ves cómo sacrifican sus mejores años por los niños y jóvenes que la Divina Providencia les ha confiado?

—Lo veo, lo sé; pero esto no basta: falta lo mejor.

—¿Qué es, pues, lo que falta?

Los niños necesitan ver que son amados en las cosas que a ellos les gustan y entre éstas, se hallan, en primer término, los juegos.

—Que los niños no sólo sean amados, sino que ellos mismos se den cuenta de que lo son.

—Pero ¿acaso no tienen ojos? ¿les falta por ventura la luz del entendimiento? ¿No ven que cuanto se hace por ellos es todo por su bien?

—No: te lo repito: esto no basta.

—¿Qué se necesita, pues?

—Que, siendo amados en las cosas que les gustan, con tomar parte en sus inclinaciones infantiles, aprendan a ver el amor en aquellas cosas que naturalmente les agrada poco: como son la disciplina, el estudio, la mortificación de sí mismos, y aprendan a hacer estas cosas por amor.

—Explicate mejor.

Cuadro tristísimo.

—Observa a los niños que están en recreo.

Observé y repliqué después:

—¿Y qué es lo que hay de especial?

—¿Tantos años hace que estás educando y no comprendes? Mira mejor: ¿dónde están nuestros Salesianos?

Observé, y ví que muy pocos sacer-

dotes y clérigos se mezclaban con los niños, y menos aún tomaban parte en sus diversiones. Los superiores no eran ya el alma del patio. La mayor parte de ellos paseaban hablando entre sí, sin preocuparse de lo que hacían los niños; otros contemplaban la recreación, pero sin acordarse siquiera de los alumnos; otros vigilaban tan a distancia que no advertían si se cometía alguna falta; alguno corregía, pero con actitud amenazadora, y raras veces. Algún otro Salesiano había, que hubiera deseado introducirse en los corrillos; pero vi que los jóvenes procuraban bonitamente alejarse de los maestros y Superiores.

Ejemplo del Vble. Juan Bosco que deben seguir todos sus hijos.

Mi viejo amigo continuó:

—En los tiempos antiguos del Oratorio, ¿acaso no estaba Vd. siempre en medio de los niños, especialmente en tiempo de recreo? ¿Se acuerda de aquellos hermosos años? Era una alegría de paraíso, una época que recordamos siempre con amor, porque el amor era lo que nos servía de regla, y con Vd. no teníamos ningún secreto.

—¡Ciertamente! Entonces todo era alegría también para mí, y en los niños había ansia verdadera por acercárase, para poder hablarme, para escuchar mis

consejos y ponerlos en práctica. Ahora, en cambio, ¿no ves que las continuas audiencias y los múltiples asuntos y mi salud misma me lo impiden?

—Está bien: pero si Vd. no puede ¿por qué sus Salesianos no se constituyen en sus imitadores? ¿Por qué no insiste y no exige que traten a los niños como los trataba Vd.?

—Yo ya hablo, me desgañito; mas, por desgracia, muchos no se sienten ya con fuerzas para sobrellevar las fatigas de aquel tiempo.

Es preciso romper la fatal barrera de la desconfianza.

—Y por lo tanto, descuidando lo menos, pierden lo más, y este más son sus fatigas. Que amen lo que agrada a los niños, y los niños amarán lo que agrada a los Superiores. Y de este modo les será llevadera su fatiga. La causa del actual cambio en el Oratorio, es que un cierto número de jóvenes no tiene confianza con los Superiores. Antiguamente todos los corazones estaban abiertos para los Superiores, a los cuales los jóvenes amaban con cariño y obedecían con presteza. Pero ahora a los Superiores se les considera como Superiores, y ya no como padres, hermanos y amigos; por lo tanto se les teme, sí, pero se les ama

poco. Por lo tanto, si se quiere formar un solo corazón y un alma sola por amor a Jesús, es preciso que se rompa esa fatal barrera de la desconfianza, y le sustituya la confianza cordial. Que la obediencia guíe, pues, al alumno como la madre guía a su hijo. Entonces reinará en el Oratorio la paz y la alegría de antes.

La familiaridad con los niños, especialmente en el recreo, medio para romper la barrera de la desconfianza

—¿Y cómo romper esta barrera?

—Familiaridad con los niños especialmente en el recreo. Sin familiaridad no se demuestra el amor, y sin esta demostración no puede haber confianza. Quién quiera ser amado, preciso es que haga ver que ama. Jesucristo se hizo pequeño con los pequeños y cargó con nuestras flaquezas. El es el maestro de la familiaridad. Al maestro que se le puede ver tan sólo en su cátedra, se le puede llamar maestro y nada más; pero si va a recreo con los niños se hace como hermano. Si a uno se le ve tan sólo cuando predica en el púlpito, se dirá de él que no hace ni más ni menos que su deber; pero si dice una palabra en recreo, ésta es la palabra de uno que ama.

El patio, escuela eficaz de educación para alumnos y maestros.

¡A cuántas conversiones han dado lugar algunas palabras de Vd. pronunciadas de repente al oído de un joven mientras estaba en recreo! El que sabe que es amado, ama; y el que es amado lo consigue todo, especialmente entre los niños. Esta confianza establece una corriente eléctrica entre los niños y los superiores. Los corazones se abren, y dan a conocer sus necesidades, y descubren sus defectos: este amor ayuda a los Superiores a soportar sus fatigas, y los disgustos, ingraticudes, molestias, faltas y negligencias de los niños. Jesucristo no rompió la caña quebrada, ni apagó la mecha humeante todavía: Este es vuestro modelo. Entonces ya no habrá quién trabaje por fines de vanagloria, ni quién castigue tan sólo para vengar su amor propio herido, ni quién se retire del campo de la asistencia por temor de la preponderancia de algún otro, ni quién murmure de los demás queriendo ser amado y estimado por los jóvenes, excluyendo de este amor a todos los demás Superiores y no procurándose así más que desprecio y caricias hipócritas; ni quién se deje robar el corazón por una criatura, y para hacer la corte a ésta, desatiende a todos los demás niños;

ni quién por amor a sus comodidades descuide el estrechísimo deber de la vigilancia; ni quién por respeto humano se abstenga de avisar al que deba ser avisado. Si hay este amor verdadero, no se buscará más que la gloria de Dios y la salvación de las almas. Cuando este amor languidece, las cosas comienzan a no ir bien.

La frialdad de un reglamento no puede sustituir al amor.

¿Por qué razón se quiere poner en lugar del amor la frialdad de un reglamento? ¿Por qué los Superiores se apartan de la observancia de aquellas que Don Bosco les ha dado? ¿Por qué al sistema de prevenir amorosamente los desórdenes por medio de la vigilancia va sustituyendo poco a poco el sistema menos pesado y más fácil para el que manda, de promulgar leyes que, si se sostienen con castigos, encienden odios y producen disgustos, y, si se descuida su observancia ocasiona el desprecio a los Superiores y son causa de desórdenes gravísimos? Y esto sucede necesariamente si falta la familiaridad.

El Superior debe ser todo para todos.

Si se quiere que el Oratorio vuelva a la antigua felicidad, póngase al

punto en vigor el antiguo sistema: que el Superior sea todo para todos, que esté pronto a escuchar siempre cualquier duda o queja de los jóvenes, todo ojos para vigilar paternalmente su conducta, todo corazón para buscar el bien espiritual y temporal de aquellos que la Providencia le ha confiado. Entonces los corazones ya no se cerrarán, y ya no habrá ciertas reservas y secretos que matan.

Conducta en casos de inmoralidad.

Tan sólo en casos de inmoralidad sean inexorables los Superiores, Es mejor correr el peligro de expulsar a un inocente que retener en casa a un escandaloso. Los asistentes tengan como rigurosísimo deber de conciencia el referir a los Superiores cuanto consideren en algún modo ofensa de Dios.

Cómo triunfarán la familiaridad, el amor y la confianza.

Entonces yo le pregunté:

—¿Y cuál es el mejor medio para que triunfe esta familiaridad y este amor y confianza?

—La observancia exacta de las reglas de la casa.

—¿Y nada más?

—El plato mejor en una comida es el de la buena cara.

Fin del primer sueño.

Mientras mi antiguo alumno terminaba de hablar y yo continuaba contemplando con gran disgusto aquella recreación, poco a poco me sentí oprimido por un gran cansancio que iba creciendo progresivamente. Esta opresión llegó a tal punto que, no pudiendo resistir más, me moví y desperté. Estaba de pie junto a la cama. Tenía las piernas tan hinchadas y me hacían tanto daño que no podía tenerme en pie. La noche estaba ya muy avanzada, así que me fuí a la cama, resuelto a escribir a mis hijos estas líneas.

Yo deseo no tener estos sueños, porque me extenúan demasiado.

SUEÑO SEGUNDO

Al día siguiente me sentía molido y no veía la hora de poder reposar por la noche; mas apenas me eché en la cama comenzó de nuevo el sueño. Se me presentaron delante del patio, los niños que hay actualmente en el Oratorio y el mismo antiguo alumno de la noche pasada.

Sabios consejos a los alumnos.

Yo comencé a preguntarle:

—Lo que me dijiste ya se lo haré

saber a mis Salesianos; pero a los niños del Oratorio ¿qué debo decirles?

El me respondió:

—Que se den cuenta de todo lo que los Superiores, maestros y asistentes se fatigan y se preocupan por ellos, porque no se avendrían a tantos sacrificios si no fuese por su bien; que se acuerden de que la humildad es la fuente de toda tranquilidad; que sepan soportar los defectos de los otros, porque en el mundo no se encuentra la perfección, sino que ésta sólo se alcanza en el paraíso; que desistan de las murmuraciones, pues éstas enfrían los corazones; y sobre todo, que procuren vivir en la santa gracia de Dios. Quién no está en paz con Dios, no está en paz consigo mismo ni con los demás.

El pecado causa primordial de mal-humor.

—¿Quieres decirme, pues, que entre mis jóvenes hay algunos que no están en paz con Dios?

—Esta es la primera causa del mal-humor, entre las otras que conoces, y a las que debes poner remedio, sin ser necesario que te las diga. Porque, en efecto, no desconfía sino aquel que guarda secretos, o el que teme que éstos se descubran, porque sabe que de ello le

provendría vergüenza y desgracia. Al mismo tiempo, si el corazón no está en paz con Dios, vive angustiado, inquieto, no se aviene a la obediencia, se irrita por cualquier cosa, le parece que todo va mal, y piensa que los Superiores no le aman.

A los jovencitos les suele faltar en las confesiones firmeza en los propósitos.

—Y sin embargo, querido mío, ¿no ves cuántas confesiones y comuniones hay en el Oratorio?

—Es cierto que hay muchas confesiones, pero lo que falta radicalmente en tantos jovencitos que se confiesan, es la firmeza en los propósitos. Se confiesan, pero siempre de las mismas faltas, de las mismas ocasiones próximas, de las mismas malas costumbres, desobediencias y descuidos en los deberes. Y así se va adelante por meses y meses, y aun por años, y hasta algunos llegan así a la quinta gimnasial. Son confesiones que valen poco o nada; por lo tanto no procuran paz, y si un jovencito fuese llamado al tribunal de Dios en tal estado, no le iría muy bien.

Confidencias.

—Y de éstos ¿hay muchos en el Oratorio?

—Pocos son, dado el número de jóvenes que hay en la casa. Mire.

Y me los mostraba con el dedo.

Yo los miré, y vi uno por uno aquellos jóvenes. Pero en estos pocos, vi cosas que me amargaron profundamente el corazón. No quiero ponerlas en el papel, pero cuando esté de vuelta quiero contárselas a cada uno de aquellos a que se refieran. Aquí os diré tan sólo que es tiempo de rezar y de tomar firmes resoluciones; es tiempo de demostrar, no con palabras, sino con hechos, que los Comollos, los Domingo Savios, los Besuccos y los Saccardi viven aún entre nosotros.

La devoción a María Santísima Auxiliadora ayuda a derribar las murallas de desconfianza que puedan levantarse entre superiores y alumnos.

Por último pregunté a aquel querido amigo mío:

—¿Tienes algo más que decirme?

—Predica a todos, grandes y pequeños, que se acuerden siempre de que son hijos de María Sma. Auxiliadora. Que ella misma los ha reunido aquí para apartarlos de los peligros del mundo, para que se amen como hermanos, y para que den gloria a Dios y a Ella con

su buena conducta; que la Virgen les provee de pan y de medios para estudiar, con innumerables gracias y portentos. Que se acuerden de que están en vísperas de la fiesta de su Sma. Madre, con cuya ayuda debe caer esa barrera de desconfianza que el demonio ha sabido poner entre los niños y Superiores, y de la cual sabe servirse para la ruina de ciertas almas.

—¿Y lograremos hacer desaparecer esa barrera?

—Sí, ciertamente, con la condición de que grandes y pequeños estén prontos a sufrir, por amor a María, cualquier pequeña mortificación, y pongan en práctica lo que les he dicho.

Fin del segundo sueño.

Entretanto, yo continuaba mirando a mis jovencitos, y a la vista de aquellos que sabía se encaminaban a su eterna perdición, sentí tal angustia en el corazón, que me desperté. Desearía seguir narrándoos muchas cosas importantísimas que ví; pero el tiempo y las circunstancias no me lo permiten.

Deseos del Vble. Juan Bosco.

Concluyo: ¿sabéis qué es lo que desea este pobre viejo que ha consumado toda su vida por sus amados jóvenes? No otra

cosa, sino que, con las debidas proporciones, vuelvan los días felices del antiguo Oratorio. Los días del amor y de la confianza cristiana entre jóvenes y superiores; los días de espíritu de condescendencia y tolerancia por amor de Jesucristo de los unos para con los otros; los días de los corazones abiertos con toda la sencillez y candor; los días de caridad y de verdadera alegría para todos. Tengo necesidad de que me consoléis dándome la esperanza y la promesa de que haréis todo lo que deseo por el bien de vuestras almas.

Fortuna del joven que entra en una casa Salesiana.

Aún no conocéis suficientemente la gran fortuna que es estar en el Oratorio. Delante de Dios os declaro: basta que un joven entre en una Casa Salesiana para que la Sma. Virgen le dispense una protección especial.

Despedida del Vble. Juan Bosco.

Pongámonos todos de acuerdo. La caridad de los que mandan y la caridad de los que deben obedecer hagan reinar entre nosotros el espíritu de San Francisco de Sales. Oh, queridos hijos míos, se acerca el tiempo en el cual debo apar-

tarme de vosotros y partir para la eternidad, (Nota del secretario:—Al llegar aquí, D. Bosco cesó de dictar; sus ojos se llenaron de lágrimas, no de pena, sino de inefable ternura que aparecía en su mirada y en el timbre de su voz. Después de un instante, continuó:) por lo tanto, yo deseo dejaros a vosotros, oh sacerdotes, clérigos y niños queridísimos, encaminados por la senda del Señor en la cual El mismo os desea. Con este fin el Santo Padre a quien visité el viernes, 9 de mayo, os da de todo corazón la bendición apostólica.

Lo que debe ser la fiesta de María
Auxiliadora.

El día de la fiesta de María Auxiliadora estaré con vosotros ante la imagen de nuestra amorosísima Madre. Quiero que esta gran fiesta se celebre con toda solemnidad; D. Lazzerio y D. Marchisio piensen ya en hacernos estar alegres aun en el refectorio. La fiesta de María Auxiliadora debe ser el preludio de la fiesta eterna que, todos juntos, debemos celebrar un día en el Paraíso.

Vuestro afmo. amigo in C. J.

JUAN BOSCO, Pbro.

